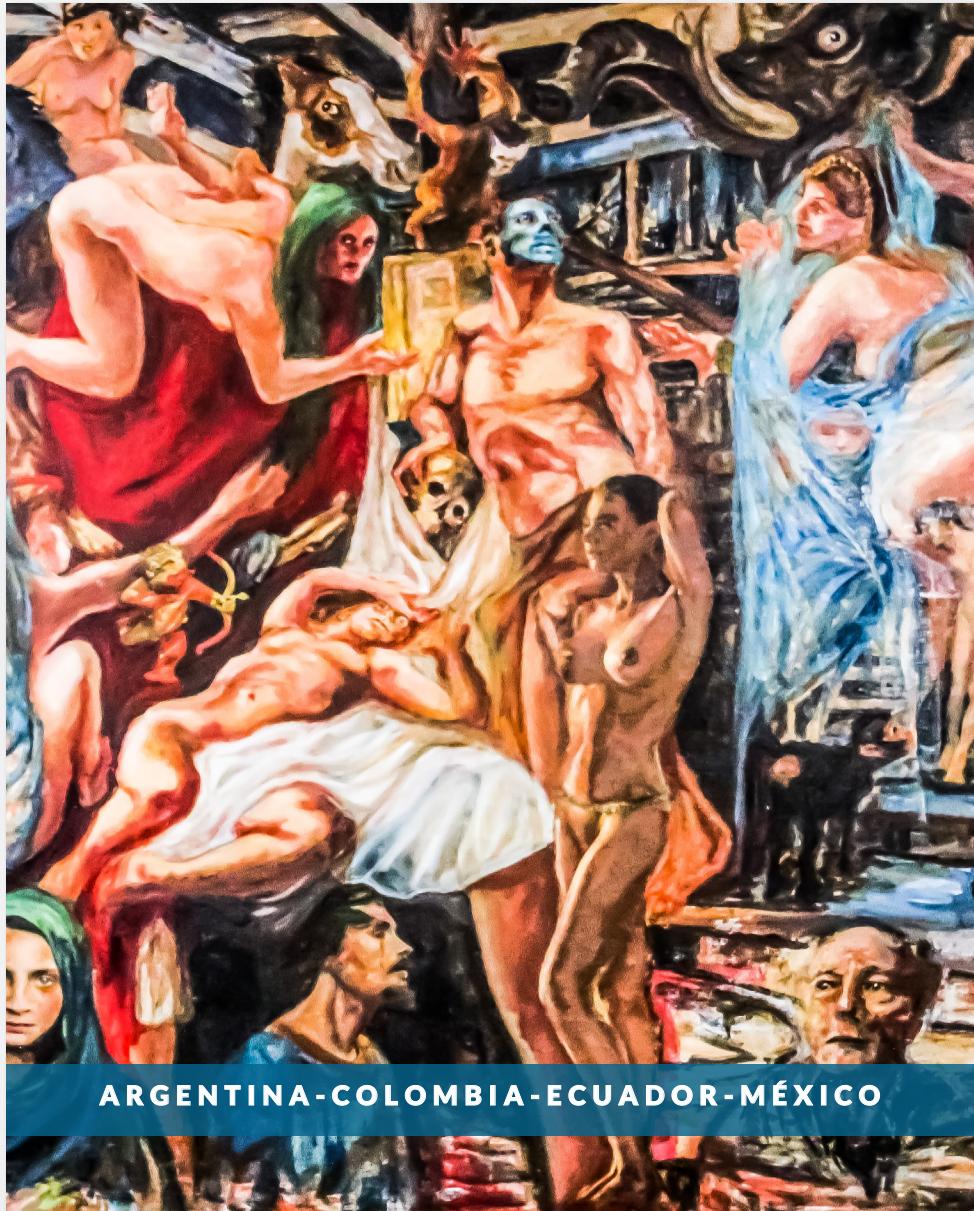


JULIO-DICIEMBRE 2022 | No. 12

ÓCLESIS

VÍCTIMAS DEL ARTIFICIO



ARGENTINA-COLOMBIA-ECUADOR-MÉXICO

Índice



3. Editorial

4. Ratas

6. Trazar en la piel

8. Confidencias de hoguera en la noche

10. Luna de sangre

12. La transformación de la realidad a través de la hiperrealidad del arte de Fernando Figueras

16. Diagnóstico

17. La F en el abecedario

18. [ocho momentos para pensar la imagen]

20. Solo era cosa de acuerdo

22. Fragmentos de hoja suelta

24. Opalescencia



Portada y obra gráfica:
Fernando Figueras

Coordinador editorial : Hugo Israel López Coronel

Editor: Román Esaú Ocotitla Huerta

Diseño editorial: Jennyfer Ramos Gómez
y Román Esaú Ocotitla Huerta

Consejo editorial: Jorge Luis Gallegos Vargas
y Penélope Astudillo Albarrán

Consejo consultivo: Tirso Castañeda, Francisco Hernández Echeverría, Estephani Granda Lamadrid, Montserrat Morales y Francisco Nocedal Segrete

Contacto: oclesis.mx@gmail.com

Registro en trámite

Publicación semestral

Licencia Creative Commons:

**Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional
(CC BY-NC-ND 4.0)**

”

*El arte y la vida se hicieron para disfrutarse al máximo
y cuestionarse de vez en cuando.*

arSa

Para empezar, Óclesis cumple la mayoría de edad con este número y si cada publicación es motivo de fiesta, este caso no es la excepción. Este ejemplar, como los que le preceden, está lleno de imaginación, lo que indica que es motor para la misma y para pensar la imagen desde esta trinchera, la de las letras y lo plástico, todo ello como lenguaje. ¿Qué sería de nosotros sin estos productos?

Es común –y eso me da mucho gusto– que haya una referencia de viaje al leer un producto artístico, no importa si la lectura es sobre cuento, poesía, fotografía, pintura... narrativa. Esto, insisto, me da mucho gusto porque, más allá de ser realidad nutrida de imaginación, es experiencia que enriquece a quien la tiene. A lo mejor quedará pendiente el fenómeno de la traducción y apropiación de esa experiencia en los términos de cada persona, pero no negarán que es delicioso compartir un diálogo con alguien que se ha apropiado o traducido del mismo objeto del que uno se ha apropiado o traducido ¿o será que los objetos son los que se apropián de nosotros y así nos traducen a su mundo?

Tal es el caso de este número de Óclesis, que, con su mayoría de edad, sigue haciendo lo que los anteriores para que nuestra experiencia en la vida se siga enriqueciendo, sin importar que esta idea se repita en la editorial de cada número o revista cultural que tengan en sus manos. Uno agradece que esta situación sea un lugar común. Así que las siguientes líneas son, y espero que de ello sirvan, breves invitaciones a cada espacio resguardado y ofrecido por/para las víctimas del artificio.

Es la gráfica de Fernando Figueras (México) la que abre este espacio de muy grata manera –a mi parecer– e inunda, a lo largo del viaje, las páginas de este número doce. Nos acercamos un poco al autor a través de lo que nos muestra, directo, ¿crudo? y estéticamente prefigurativo, pero podemos dialogar con él a través de la lectura de la Entrevista y corroborar que lo que detectamos en su pintura se refleja en sus palabras y viceversa; porque, muchas veces, eso sucede en la obra artística. La imagen con que se abre la entrevista es mi favorita de las que se incluyen y que podemos ver “resumidas” en el índice. Les invito que busquen su predilecta y que, como yo, disfruten lo tortuoso que esto puede ser al tratar de escogerla.

Ratas es la narración de José Luis Ramírez Gutiérrez (México) con la que comienza la publicación y que inicia con un fragmento de la canción de Pearl Jam con el mismo título. Soledad, tecnología, remembranza y lenguaje técnico nos dibujan una escena confusa por lo cierto que ella es y que corroboramos en experiencias propias o ajenas. ¿Aún hay ratas en nuestras vidas?

No podemos dar por sentado algo a pesar de que ello nos de tanta seguridad. Trazar en la piel, de Judith Noemí Orozco Ramírez (México), nos recalca la idea anterior y permite que nos preguntemos sobre la ausencia mientras recorremos un instante de la vida de la protagonista a través de las líneas que nos describen su

Editorial

Por Agustín Solano
México

separación. ¿Dónde está nuestro tacto cuando decimos algo hiriente que rompe la seguridad de la otredad o la propia?

También aparecen los textos poéticos con Confidencias de hoguera en la noche, de Eduardo Hugo Jaramillo Muñoz (Ecuador), que nos trae imágenes que navegan y escalan entre imágenes como revelaciones de las relaciones de ellas mismas y quién las construye. ¿Qué son las imágenes ante lo poético?

Que Luna de sangre, de Mario Flores (Argentina), de continuidad a líneas en versos, nos permite nuevas imágenes desde la misma trinchera y, sobre todo, jugar con ese invento humano, el lenguaje, para decir de formas sugestivas y lúdicas, lo que “simplemente” se siente y piensa en cada experiencia. Insisto ¿qué sería de nosotros sin estos productos?

Me gusta mucho la minificación porque en ella se puede todo –como en todo producto imaginativo, y Diagnóstico, de María Nebura (Colombia), me refuerza este gusto e idea, que ha tomado más palabras de las necesarias. ¿Somos más química y electricidad que otra cosa?

Sigue el recorrido con La F en el abecedario, de Dilan Chino Sandoval (México), donde el acertado título formaliza y fortalece las líneas que le forman. ¿Fatuo, fabuloso y funesto es el uso del formidable lenguaje?

Para [ocho momentos para pensar la imagen] de Montserrat Morales (México), hay que tener vivacidad imaginativa, pues más allá de que son nueve los momentos, como lo indica el título, pensar la imagen es otro acto para mirarla –poética y narrativamente–. ¿Qué sería de nosotros sin el multiverso del juego de la construcción de la imagen?

Insisto, este viaje permite nutrir nuestra imaginación, nuestra experiencia. En Solo era cosa de acuerdo, de Paco Echeverría (México), vivimos en cabeza ajena una situación difícil y la nuestra debería explotarnos en preguntas o juicios y sentencias; mientras que, en lugar de irnos, nos quedamos. ¿Nos quedamos?

De Gilberto González Morán (México), tenemos un grupo de textos de forma poética que nos trasladan a distintas mundanidades y nos invitan a diversos sitios del alma desde lo breve y organizado incotidianamente, como cuando guardamos atardeceres para quien amamos. ¿Estamos frente de nosotros cuando cuestionamos e imaginamos?

En Opalescencia, de Hugo Israel López Coronel (México), se nos abre un escenario o la posibilidad de estar en una butaca con la revista en las manos. Es un gusto terminar de esta manera este número de Óclesis pues nos ha dado varios sitios, espacios y lugares donde la imaginación se nutre y se recrea. Los personajes de Hugo y el propio, conviven en uno de estos terrenos, disfrutando siempre, reflexionando a veces.

Resta decir que revistas como éstas son necesarias para transformar lo cotidiano. Celebro su existencia, sus lectores y autores, sus imágenes –ahora nuestras–... su mayoría de edad. Revisen la próxima convocatoria.

Ratas

Por José Luis Ramírez Gutiérrez

México

”

They don't eat, don't sleep. They don't feed, they don't seethe. Bare their gums when they moan and squeak.

Quería rascarse la piel hasta leer en ella ese nombre que lo arrebató a la tristeza. Lloraba, recorriendo el teclado con dedos que no acertaban a pulsar la tecla que borraría de una buena vez los archivos de su consola, los muchos bytes de un holograma digital y una sola palabra muestreada a cuarenta y cuatro punto un kilo hertz de frecuencia, diecisésis bits en estéreo.

“Adiós.”

La piel húmeda de un sudor que surgía lento, destilado con la misma torpeza con la que el cautín soldó el alambrado de los circuitos, el mismo letargo que había quedado luego de no llorar esa rabia que los nudillos reclamaron al muro, la tristeza tiñendo el cielo de la tarde-noche en color índigo.

Su pasado escrito en lenguaje ensamblador.

Con el cursor parpadeando y la sonrisa estática de la imagen que hacía fondo a la consola, el timbre del teléfono indiferente a su propia displicencia; el vacío, los ojos hinchados que se negaban a dejar de mirar, dejar de creer en esa única estrella cuya nova había borrado para siempre de la bóveda celeste.

Quedaba la realidad, el silencio.

Los pasos de ese gato que se moría de tristeza y de aburrimiento, de hambre, la pupila dilatada y al acecho de ratas, pero en el apartamento sólo estaba el aire seco para recordarle aquella otra ausencia, el aroma de un perfume que se había marchitado en la mierda del gato y la podredumbre de la alacena, la nata amarilla desde el retrete.

Las luces de autos recorriéndose en el techo.

Y los recuerdos, memorias de ese tiempo en el que la vida no era importante sino a su lado. Quizás eso seguía igual, sólo que nada importaba ya.

No era el momento de ponerse visceral, lo sabía bien.

El humo que desprendía el cautín olía a lo mismo que el tabaco y él cerró los

párpados pensando en cuánto le gustaría embotarse de ese aroma de los cigarros de ella, su eterna necesidad de exhalar en su rostro, decir “lo siento” entre risas y caricias que no podían hacer sonar sinceras sus disculpas.

Dejó una nota en el suelo.

Hubo una primera lágrima en su mejilla, un último latido de su corazón.

Y a partir de ahí, comenzó esa no-vida donde tenían sentido el mutismo del móvil y el temblor en sus dedos, la levedad con la cual disipó los vapores de estanío haciendo un par de volutas como en un atractor de Lorenz tridimensional, las ecuaciones del caos burlándose de él, de sus manos que no sabían sino poner a un lado el cautín y conectar el dispositivo al equipo, pulsar la tecla de Enter.

“Solicitud de interrupción del dispositivo PnP” decía la terminal en la pantalla, y el altoparlante de la consola modulaba a partir de tonos sampleados aquella voz, el integrado de Roland calculando frecuencias y armónicos para fingir un tono que le supo falso como los mimos de una prepago.

Las teclas cediendo al peso en sus dedos, el sonido abstracto del código al escribirlo.

El cerebro harto de esa concentración que se le exigía para crear el software, la tarjeta de

adquisición de datos convirtiendo a bytes el mundo real, los dedos trazando la trayectoria de una silueta que estaba sólo en su memoria.

La croma saturada en rojo.

El movimiento rápido de los ojos siguiendo la proyección en el aire, el ensueño que trazó el láser, los electrodos convirtieron en sensaciones la radiación de electroimanes, las lágrimas hicieron aún más borrosa una imagen cuya nitidez estaba cerca de ser nula, y aún así consiguió que su pulso se acelerase.

La Yugular en su cuello parecía palpitarse y él quiso acariciarla.

Las manos trataron en vano de entender ese tacto de luz coherente, inasible.

Eran sólo éter, los bytes convirtiendo el vacío real de su apartamento en una presencia virtual, una que podía rotar en cualquier ángulo del espacio o retroceder en el tiempo. Los leds de infrarrojo proyectaban el espacio tridimensional de su silueta en el aire, sí. Era sólo que no había sensación alguna al tocarla, el anhelo llenó de ira sus manos y arrojó el dispositivo contra la pared, estropeándolo; luego, el cautín y su ingenio retaron la protección térmica de los circuitos integrados y la tarjeta controladora.

El gato maulló, la consola reconoció el

hardware reacondicionado, el controlador de software, ese único fichero que para él aún tenía significado.

Tan efímero como treinta cuadros.

El espacio del apartamento enredando por completo la silueta, el rostro que sonrió y se negó agitando el cabello que la luz láser tornaba al negro incapaz de imitar su croma verdadera, las manos de él decidiendo la trayectoria de la cámara desde el guante de datos, la blusa desabotonada de ella, el rostro de ángel salpicado de píxeles que no se decidían entre rojo o negro, un resplandor lívido manando de su piel, el humo del cigarro y su turbulencia arquetípica dibujándose en la nata. Una rata apareció en el holograma y una proyección del gato saltó para devorarla, el grito de asombro de ella se escuchó en las nueve bocinas seguidas por un maullido del gato y un salto en la secuencia que justo en ese instante volvía a repetirse.

Era esa la razón de que haya quemado el circuito, de que falte al trabajo, que la nota sea ilegible de tanto llorar al leerla. Dejó de haber ratas en el apartamento, el gato sospechaba que se fueran con ella.



Trazar en la piel

Por Judith Noemí Orozco Ramírez

México

Trazar círculos con los dedos sobre la piel tersa de su antebrazo siempre me produjo una sensación de calma inusitada después de una larga jornada de trabajo. Arriba, abajo, arriba, abajo, como el esbozo vulgar de un ojo con el que podía mirar dentro de su cuerpo. Y permitía que lo hiciera, como mi particular ritual, cada noche, antes de disponernos a dormir, aunque no era el único momento en que disfrutaba de ello; cuando había sido un mal día, cuando la tristeza me sobrepasaba, cuando sentía la ira quemándose en la garganta, cuando el cielo había estado grisáceo o la lluvia hubo empapado mis ropas de caminar a casa. Era un lugar seguro, feliz. Mientras lo hacía me dedicaba a no pensar, delineando con la yema del dedo patrones que solo tenían sentido en mi mente, recibiendo por halago el mutismo de la privacidad compartida.

Trazar en su piel. Aquello es lo que más extrañaría, sin duda, y por lo que mis lágrimas aparecerían una y otra vez al transitarse por un momento triste, cuando la ira hiciera combustión en mi cuerpo y el día fuera grisáceo o la lluvia me calara en las articulaciones, porque todo el consuelo que me brindaba estaba concentrado en aquel instante tan nuestro, en el gesto de extraño romanticismo que era el permitirme perderme en el silencio, tratando de reconciliarme con lo que me rodeaba.

Pero la vida era así, después de todo: el cuerpo no era más que un instrumento prestado que había que devolver a la naturaleza tarde o temprano. No hubiera esperado que fuese tan pronto, pero, ¿qué más podía hacer? Resignarme. Continuar. Intentar olvidar, porque sabía bien que no había sido culpa suya el accidente ni la pérdida de mis manos en distintas medidas.

Era tan extraño mirarme al espejo. La mano izquierda había desaparecido, y un muñón a la altura de la muñeca destacaba, pero el mayor daño se había concentrado en el lado derecho, donde debieron cortar hasta el codo. La ropa me lucía inadecuada, aunque conservaba las piernas intactas. Nunca había reflexionado sobre el efecto que carecer de una u otra extremidad causaba en el resto del cuerpo. Desequilibrio. Impresión. Asombro.

Nadie sabía qué decir, y los lamentos no eran suficientes. Pero no eran ellos quienes debían adaptarse a mi nueva imagen, sino yo. El cuerpo es accesorio, medécia infinitad de veces

diario, pero al final del día prevalecía la ausencia, el miedo, el repudio, el dolor fantasma, y sobre todos, la nostalgia. Extrañaba tomar una taza entre los dedos, arrancar el aroma de la hierbabuena del jardín, escribir cómodamente, abrir una ventana; cosas que di por sentado toda la vida y que ahora no eran más que recuerdos poco nítidos.

Respiré hondo, sintiendo nerviosismo recorrerme en lo que restaba de mí; hoy recibiría mis prótesis. No había sido sencillo conseguirlas, ni tampoco asequible, sin embargo, la tecnología moderna lo hacía posible y no había podido negarme a volver a intentar tener algo que fuese mío, aun si era solo en apariencia, porque estaba consciente de las limitaciones que traía consigo: no manipularía los objetos cotidianos como siempre los hubo conocido. No poseería la misma fuerza que antes, porque tendría que entrenar a mi cerebro para que aceptara aquella pieza como nuestra, y por sobre todo, no existiría sensación real de tocar. Tocar.

No me preocupaba no percibir el frío del mármol, el calor de una cobija tibia o la textura de las flores; recordaba bien las sensaciones y estaban almacenadas en mi mente. Lo único que me carcomía era perder la memoria de su contacto, que con los años se marchitaría como todo lo vivo. Y me marchitaría también yo, buscando entre los recuerdos la sensación de su suavidad que asimilaba a la seda... ¿o al satín? A la cobertura de los duraznos, quizás. No sabía con certeza.

El miedo me atenazó con furia por la garganta, haciéndome lagrimear, cuando deslizaron aquellas nuevas extremidades frías y duras por mis brazos y recibí un mar de abrazos calurosos y felicitaciones, concerniendo la alegría al motivo de mi llanto, sin saber que no se trataba de la esperanza motivándome a seguir adelante, como insinuaban, sino al pánico repentino que me hizo caer en la cuenta de que el simple contacto del nuevo artificio y su presencia sigilosa atrapada entre mis carnes me hacía dolorosamente consciente de que con cada segundo que transcurría, mis memorias comenzaban a olvidar la sensación de posarme sobre su piel cada noche, cada tarde, cada atisbo de tristeza, de ira, de lluvia, de amor.

Confidencias de hoguera en la noche

Por Eduardo Hugo Jaramillo Muñoz
Ecuador

1

Son ancianos que rememoran paisajes, surcos profundos por los que han transitado, con certeza, dinastías que no envejecen no obstante la sucesión del tiempo, y sus manos desnudas abrigan esta piel, ausente, mientras su mirada confirma la seducción de las ciudades, este quedarse inexplicable que nos hace distintos.//

/Son oleadas

/desde remotas riberas que desbordan
los primeros vestigios de la voz
y dejan su presagio perdurable,

hasta donde alcanzan
el entendimiento humano

las altas montañas,
arboledas, ríos rumorosos

valles infinitos
donde aposentan los susurros de la vida

testimonios de un devenir
que nos afirma,

y hacen de cada hábito
un saber venerable

de cada huella un camino en ciernes/
que dispensa la tierra./

//Entonces advertimos el naufragio que funda la desdicha,
el lindero perecedero donde los pájaros agotan su vuelo
en ese sinfín donde nadie se resigna a ser tal cual fue concebido,
donde se nace y se muere al silbo de sirenas apostadas en la sima
mientras se extinguen los peces sojuzgados por la arena.

2

El poderoso anciano de los mares,
auguró la travesía,
cimas y abismos, la seducción
inexplicable
que testimonia creencias y costumbres
de gentes hostiles y engañosas
de pueblos, a su paso,
que ostentan sus bondades,
el abrigo de la vida apacible:
porque Odiseo, no sucumbe espera
y sabe que más allá del mar
vislumbra el albedrío filial
porque es la única verdad/
que anhela el ser/
/ /aun trasponiendo el velo de acechanzas y traiciones,
la falaz oferta de inmortalidad
la calidez de un lecho ajeno,
que se esfuma, cuando declina cada tarde,
el canto de sirenas
silenciado en los mástiles,
y borra la certidumbre de una estancia
aquello que aguarda lejos
al margen de abismos insondables.



Luna de sangre

Por Mario Flores

Argentina



A parecía la luna de sangre, me reveló la noche solitaria y pensé en todo lo dejado atrás: el tiempo se escurría de mis manos.

Yo no quise amarrar el presente al palenque del silencio lluvioso: dejé galopar la vida furiosa para que sea mi única respuesta ante lo terrible, lo misterioso. Ver pasar las páginas de un libro donde están plasmados a fuego cada uno de los cielos estrellados, cada verano que vivimos juntos.

Ser testigo de todo lo que fluye como la corriente del río, dejarse sorprender por la fuerza de sus aguas, a veces turbulentas. Escribiré en la tierra mojada tu nombre, los recuerdos, la vida, a la orilla, en el fin del mundo. Traerá la madrugada el perfume de una caricia lejana, el tacto de la piel oculta y encendida. Cada recuerdo se vive pleno: vuelve a ser célula, a ser el día.

Vengo del núcleo de la Tierra: emerge despierta la palabra y ordena nuestras latitudes para acercarnos a través del fuego. Sentir el impulso, la energía de los cuerpos haciendo eclosión.

¿Viste aquel fuego en el horizonte que arde inclemente noche tras noche? Es ahí adonde vamos, sin dudarlo, bajo la luz de la luna de sangre.

La transformación de la realidad a través de la hiperrealidad del arte de Fernando Figueras

Por Jorge Luis Gallegos Vargas
México



De forma tradicional se ha concebido al arte como la representación de la realidad: a través de él se ha apreciado la imitación de la naturaleza, la vida cotidiana o la fisonomía de las personas; por ello, la relación que se establece entre el emisor y el receptor de imágenes, en el caso de la pintura, genera un grado de aproximación entre la representación y lo representado a través de las formas artísticas que se plasman en un lienzo. Por mucha objetividad que exista en la representación de algo o de alguien en un cuadro lo que se debe privilegiar no es cuánto se parece al mundo que hemos significado como real, sino también el qué expresa, qué sentimientos transmite, las visiones que se tienen de la vida y los elementos estéticos que componen dicha producción.

Bajo esta paradoja se encuentra la producción de Fernando Figueras, artista poblano que desde muy pequeño sintió atracción hacia el cómic y que gracias a él aprendió a leer y a dibujar, puesto que copiaba a los personajes que ahí aparecían. Por ello, decidió ingresar a la Escuela de Artes Plásticas y, posteriormente, ingresó al colegio de Lingüística y Literatura Hispánica de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

Su acercamiento al cómic, y al arte, se dio gracias a que su hermano coleccionaba estos textos y quien también durante mucho tiempo se dedicó a realizar cartel político para algunos medios de comunicación; no obstante, toda su familia tenía la iniciativa por comunicarse a través de la gráfica.

Para Figueras, la formación artística es el pilar más importante puesto que para dedicarse al arte es necesario estudiar y practicar hasta el hartazgo; así, considera que cuando se vende algo que se ha producido se está cobrando el tiempo que se ha estado ensayando, estudiando y produciendo.

Las influencias que el propio artista plástico reconoce en sus creaciones van desde



la pintura barroca de Rembrandt, Caravaggio y Goya, de los que retomó el tenebrismo; también considera que está influenciado por los simbolistas, los prerrafaelistas, a quienes ha tenido la oportunidad de admirar su obra en vivo, así como también retoma la brevedad y la consistencia de la escritura de Jorge Luis Borges y algunos rasgos de la narrativa de la novela negra, principalmente de Edgar Allan Poe y Arthur Conan Doyle.

Fernando considera que la producción artística en Puebla es un páramo estéril, puesto que en este ámbito se encuentra plagado de farsantes que han encontrado en las becas y los apoyos gubernamentales una forma de vida, dejando de lado el verdadero sentido de la creación artística: tomar las calles y los muros como un acto de rebeldía; hoy, la esfera artística poblana apuesta por un arte que no vale la pena, que no se arriesga, que no propone: un arte inmediato y que reditúa económicamente hablando.

Para los estudiosos del arte, sea cual sea su forma de expresión, es importante encontrar un espacio en el cual colocar a los creadores; sin embargo, Fernando Figueras busca que su arte no tenga etiquetas, que no sea colocado bajo ningún adjetivo puesto que considera que es necesario que se apueste por caminos diferentes que rebasen la expectativa del arte contemporáneo; por ello, dialogar con la realidad es un hecho complicado puesto que, para él, las artes evaden aquello que ha sido significado como real; él congenia con los postulados simbolistas del siglo XIX, criticando todo aquello que en la cotidianeidad es insopportable, como el gobierno, la política, el mercantilismo capitalista, considerando que es necesario exorcizar dichos temas para digerirlos mejor; además, cree que la función de las artes tienen que ver en cómo se cambia la realidad del público al contemplar un cuadro, escuchar una canción: el arte debe ser subversivo para que se interprete de forma distinta la realidad y la haga suya.



Al contemplar una obra artística es importante realizar una distinción entre lo figurativo, el realismo y lo hiperrealista. En palabras del artista plástico es necesario que para hablar del primero se tenga en cuenta qué es aquello que se figura, lo que se parece a...; para entender el segundo, es necesario comprender que la imagen se parece a algo que es real; mientras que, para entender al tercero es necesario situarse en lo fotográfico. Se puede afirmar que la obra de Figueras se acerca más a lo hiperrealista gracias al uso de las técnicas y los materiales que logran dicho efecto.

Cuando se intenta hablar de realidad, en nuestros días, es forzoso mencionar la pandemia de COVID-19; para muchos de nosotros fue un período de cambios drásticos y un golpe fuerte a lo que considerábamos nuestra cotidianeidad; sin embargo, para Figueras fue un momento de creación, en el que se permitió utilizar materiales que no le gustaban como los lápices de colores mezclados con el aerógrafo con los que consiguió un efecto hiperrealista; lo cual considera que no es otra cosa más que una fotografía dibujada a mano, siendo un reto mucho mayor que la escritura puesto que para conseguir el efecto en la pintura sólo se tiene la oportunidad de decirlo a través de una sola imagen.

Por último, Figueras considera que para producir arte es necesario dejar las realidades alternas, alejarse del teléfono y dedicarse a lo que se quiere hacer. El arte hiperrealista de Fernando Figueras, el cual viste el número doce de la Revista Óclesis, es una invitación a cuestionarse todo aquello que nos rodea, reflejando que los sujetos somos capaces de crear, a través de lo artístico, significaciones alternativas que cuestionan y critican aquello que está establecido en los discursos que nos atraviesan y condicionan.

Desde Óclesis. Víctimas del artificio, les invitamos a seguir a este autor a través de Facebook, donde lo pueden encontrar como Asterion Blake, ahí verán más de sus creaciones, así como también podrán obtener información de los talleres personalizados que imparte; también, les invitamos a ver la entrevista completa a través del canal de YouTube Óclesis Mx.



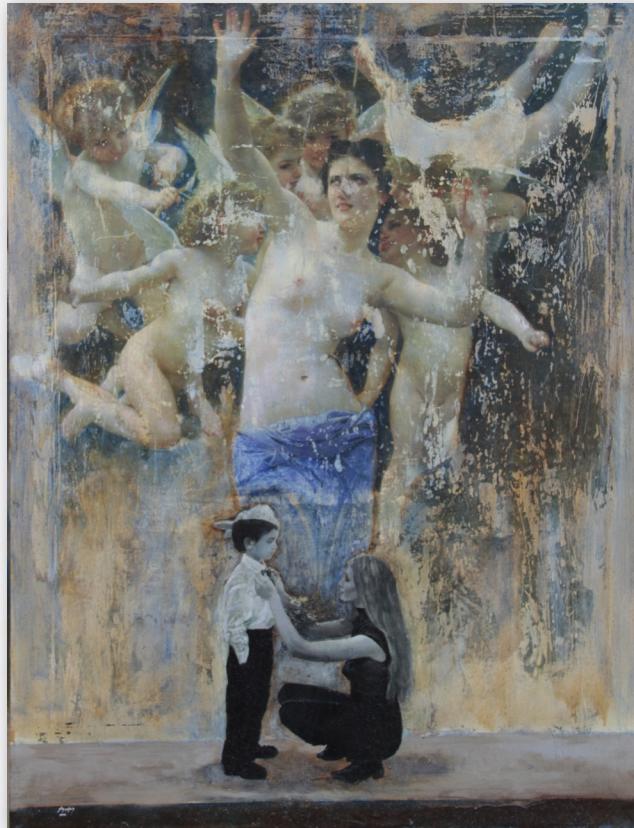
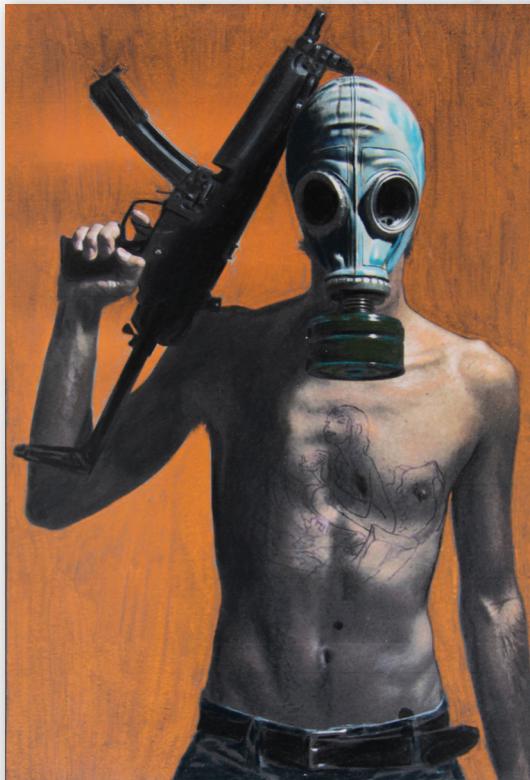
El hecho de que trabaje en las artes tiene que ver con la evasión de la realidad (...) por eso pinto, hago narrativa gráfica o me pongo a pintar; porque no quiero estar consciente todo el tiempo de lo que sucede.

-Fernando Figueras

Diagnóstico

Por María Nebura
Colombia

La psiquiatra conjura el diagnóstico
el alma se desprende de la carne
cae agónica entre fabulaciones,
nunca fue mía
un papel deshace la psicodelia,
formas y sombras
alas y demonios evaporados
demolido el corazón del misterio que me constituía
solo he sido el síntoma de mi desorden mental.



La F en el abecedario

Por Dilan Chino Sandoval
México

Le prometió estar aquí, le creó la idea de inmortalidad, al inicio volaba sobre la ciudad en ruinas, planeaba sobre nubes libres de buitres, los kilómetros los devoraba, un cuerpo de acero irrompible le llevó a continentes inexplorados por su sangre, no se elevó a un altar, las cosas eran palabras, y los actos eran vida, no había mentiras, no había incumplimientos, se movía con sangre hirviente y con carne viva. La caída llegó tarde, la caída recorrió más de una generación, se caminaban lado a lado, la vida era la misma, las palabras pesaban más, el cuerpo pesaba más, los ruidos de las risas cobraban aire con neblina, se le despidió una vista, se le despidieron dos piernas, la fabricación de su mundo había terminado, fuego se alzó detrás de él, furia se levantó detrás de él, las mañanas frías dejaron de ser frías, con su rugido el aire huyó por algunos días. En la madrugada regresa a realizar visitas y avisa sobre las promesas que sí existen.



[ocho momentos para pensar la imagen]

Por Montserrat Morales

México

0

Atreverse a ver es vislumbrar entre la espesura es reconocer e imaginar detenerse a construir a crear, con la mirada, algo parecido a lo concreto

1

la espesura sugiere memoria multitudes de acero de electricidad en el cuerpo

2

detenerse a observar es el acecho lograr suspender el fragmento
"manifestación irrepetible de una lejanía", dice benjamín

3

atreverse a reconstruir ¿el fragmento de qué? ¿el alma de quién? oh, imaginería técnica

4

la doble mirada en la superficie marca su ruta

la mirada se dilata la luz aparece

5

detenerse en el fragmento es olvidar el negativo la alucinación de la imaginación el destello de observar

6

la captura del silencio ensancha la memoria
absorbe la historia que rota en sociedad

7

la captura es el hallazgo de lo antes no visto de lo recién descubierto del instante en suspenso

8

fluir sin prisa entre los vestigios de la materialidad es deseo puro de actuación simulación de pensamiento que se vuelve rito

Solo era cosa de acuerdo

Por Paco Echeverría

México

Pedí un café y descansé los ojos en la negrura de sus vapores. El primogénito destello pasaba corriendo de una esquina a otra, y el aire cobijaba nuestro azoro, nuestra erizada lengua, nuestra ascendente nervadura. Vi a distinta velocidad como se arremolinaban mis frases sobre el azúcar, traté de ahogar en la taza los apuntes del cuaderno, exhalé su olorosa heredad y me tumbé sobre la mesa durante varios minutos. Entonces, comencé a escarbar mis murmullos. ¡Mira que inventar noches de frío para desnudar tu lluvia cálida!; sorbo a sorbo sólo era eso: tu lluvia cálida. Ahora, la sombra simulada de tenue sueño de inmediato entró por mis ojos, sin persistir en aquellas voces que callamos. Pagué la cuenta, subí el antiguo callejón entre la capilaridad producida por el vaivén de la gente, entre las soterradas conciencias repletas de esperanza puestas debajo del agua que nos baña y los mares dulces de rutinarios suspiros perdidos en el tiempo.

Acompañado de los alrededores de ese atardecer, tejía y destejía nuestras vivencias, la parvada cruzaba los pies descalzos, los escarabajos desmoronaban la ecuación de Dios y el rumor del aire daba atrañazos hasta formar un nudo de desconsuelo. La lectura de esta famélica pasión cubría esta forma de estar, y ella, ya no parecía lo que era o lo que tenía que ser. Los más pequeños temores contaron los poros de la piel y en su planicie estaba el sentido de todo. Pescábamos al vuelo la sábana en la que se desvanecía el tic tac del reloj. Adivinando al mundo; reguero de planetas y planetoides abriéndose al abismo; charcos de estrellas al otro lado de la calle. Él, sintiéndose el centro de la tierra, y ella, el cielo temporal labrado por las eras.

— ¿Y si bajo el resoplo encontráramos el cristal de nuestros despertares? ... Los cascabeles clavaron su pequeño llanto infantil sobre el ambiente, tornándolo lluvia sobre el recuerdo. Volví los ojos hasta el silencio y su incitación a caer y resurgir en su propio refugio. Sentí como arrullaba mis cabellos en su regazo. Reposé un largo tiempo mi cerebro sobre su rama más alta. La tarde-noche es quietud atenta a la voz de todo lo que permanece junto a nosotros.

El viento atravesaba el débil amodorramiento que me ligaba a los líricos hilos de la fidelidad a la vida. Levanté los brazos y comencé a llamarla. Daba de vueltas en el ramaje cuan danza ceremonial, abrí las manos y traté de asirme al presagio que se estaba cumpliendo a carta cabal, el alma en dilatada extensión perdía su brújula. Tomé mis cosas y salí corriendo.

— ¡Hay que pasar la hoja!, ¡brincar la reja!, cuando una multitud se decide por los rencores deja de vislumbrar sus latidos, su fuerza para escribir a fuego lento, y camina renegando de



su extrañeza y de su temeraria intención de amar. Sólo es capaz de articular palabras ya dichas, desgarrando su tallo y malbaratando el néctar de todos los misterios. Deja de albergar la nota diáfana y se hunde en el sueño repetido sin alimentarse del retorno de sol.

Camín tres pasos. Y me quedé ahí, deseando que todo empezara de nuevo.

— Mira nada más cómo estás. Sin impulso, sin huellas en el aliento. Porque te lo dije: no debíamos pronunciar un "te amo". Y ese era el acuerdo. Pero salió de ti, por querer adelgazar tu impaciencia, por esa necesidad de correr el velo oscuro atraído por ese pasajero sedimento de simpatía. Las vacilaciones son la hiedra que asciende y erosiona los lechos, un océano convulso que deja de recorrer el cuerpo sin destino escrito. ¿Cómo te vestirás ahora que tu carne intoxicada caerá como alimento para los buitres?

— Y me lo seguía reiterando ella: ¡Fuiste tú quien rompió el acuerdo!

Con ataques de asfixia. Sabía que había perdido. El templo construido con piedras de una mentira acordada no tenía puertas de escape. Más bien las había tapiado. — En ambos había mediado una convicción: la atracción era como un mapa para la guerra. Con sus puentes, vigías, murallas. Con momentos para el asedio y con momentos para la tregua. Luchando con toda la impericia de aquella flor que en vano intenta erguirse ante la furia del granizo. Debí mejor someterme al canto de la lira y ser un consentido sin mérito, para que cada vez que despertara tuviera la certidumbre de volver con ella a la piscina azul de sus amaneceres.

La ciudad continuaba vacía pero la raíz de mi noche mucho más. Me era difícil desprender de mis dedos la espuma lanzada por tus argumentos. De verdad no podía... La tensión de

tus membranas se iría sosegando por la falta de himnos dedicados a la clandestinidad de tu boca y la direccionalidad de tu seno recostado al pie de los desplazamientos que desgarraban la carne. Ya no podré conservar la prisa de tantas caminatas en las que pisábamos el fondo de la luz seminal, distinguir otros lugares, respirar la emoción del pasar de las cosas. Por lo menos para nosotros, aquellos cafés seguirán abriendo para que otras vidas también mueran.

Ella se ha dejado llevar por el mar, ha saltado las fronteras para exorcizar puntualmente la humareda del secreto que alguna vez nos hizo áimas de barro. El otoño rectifica minuciosamente las lluvias que han pasado por las calles de nuestras venas. Olas que producen palabras de agua: ¡Tu es tout pour moi!, porque la impaciencia del amor nos arroja a nacer de nuevo.

Arriba se encuentra la tierra sin movimiento: Haces que te vas. Hago que me voy.

Fragmentos de hoja suelta

Por Gilberto González Morán

México

Soledad

Estoy al final de mí,
Sin ti,
Al final de ti,
Sin mi,
Al final.



Tarde

El caos está postrado en tu grano de café amargo y ácido,
Me hago serpiente,
camino sobre tus muros,
Eurínome baila,
se agita,
extiende sus brazos y arranca las estrellas de la cruz del sur.

Nacen sonidos:
Palabras primitivas,
onomatopeyas que se quiebran en mi lengua.
Ofión aparece desde el norte,
busca su guarida en los labios del mar.

Nos hinchamos de semillas,
explotan las flores de "mi noche"
quedamos perplejos en este olimpo de mi calle,
el tiempo se huele y paladea.

En tu espalda, el rostro socarrón de Gorgona,
son las seis de la tarde y mi vecino sacó su basura.



Andrajo

Sé de la incertidumbre de los puentes
movedizos,
del oleaje baldío,
de las consonantes mudas.
De mi infancia con sus calles encharcadas,
de las catedrales vacías.
Conozco el autobús destartalado,
el de las cinco de la tarde,
la hora en la que todos somos anónimos,
porque nos cansamos de ser humanos,
de observar las zapatillas del tiempo.
Somos metal:
fríos,
Cuerdas vibrantes en el absorto ojo del
minotauro.



Serrana

Cruzamos la calle y nos sentamos a mirar.
Nadie al otro lado,
la calle es ancha y vacía;
sin ojos, ni orejas,
mudamos la piel.

Doblas la ciudad con sus edificios y la empacas.
Intuyo una cascada:
te abandonas.



Al otro lado de la calle
Miramos la danza de las moscas artificiales
Me pides que no me vaya, que te guarde,
que te siembre girasoles,
duraznos, chabacanos, zarzamoras.
Es septiembre y una lluvia pertinaz moja las cumbres.
Revolotean granadas perfumadas.

Hablas colibríes policromos.
Estamos detrás de nosotros,
ni víctima, ni victimario,
vestigios de manos orfebres.

Los años nos han desgastado
y seguimos aquí,
mirándonos.



Opalescencia

Por Hugo Israel López Coronel
México

Escenario. En una silla un bulto cubierto con una sábana blanca, una mesa, un espejo y un portarretrato.

(Entra el personaje, vestido formalmente. Llega hasta la mesa y la mira fijamente por un instante, y en un movimiento busca en los bolsillos del pantalón y saca un juego de llaves. Las deposita sobre la mesa. Voltea buscando la silla. Con tono firme).

Personaje: Las verbenas de manos experimentadas tienen las voces con tu nombre en cada puesto... en cada esquina; remarcado, gritandolas manchas que dejás, como siempre, sin respuesta alguna. *(Pausa. Camina alrededor de la silla).* ¡Ahhh, qué saben ellos de besos ahogados! ¡Qué saben de los gritos a media noche! ¡Qué saben si no esperan llegar...! (Con voz de reclamo al bulto). Los permisos se otorgan cuando uno concede, cuando uno deja de lado los lamentos precisos... Las faldas de una mujer no se las quita un hombre; caen por propio peso *(Da media vuelta. En tono duro, de reclamo).*

Sí Víctor, dejé que tus ojos frágiles me estacionaran sobre este montículo. Dejé arder la nave con los trajes de los hombres. La barba creció y tus uñas sobre mi pecho, y la sombra de cuerpo, y tú, y el eterno silencio desde la cima de la montaña, las praderas y las citas, las mañanas sin tus brazos, de frente, a rostro *(Pausa. La postura serena).*

¿Recuerdas los juegos en el callejón? *(Pausa. Tono explicativo).* Después de todo... yo acepté. Supe de antemano que no llegaríamos a la orilla juntos. Y no me importó. Cada noche que me penetrabas con la mirada desde la espalda, las garras de mi alma destruían el universo entero. Ese poder que da de la carne al alma te hace quemar la voluntad, y aparecen las notas en la línea de transporte, y el par de estrofas gastadas sobre el camino... No hay vejez desde el principio, no hay finales en las delanteras, en las dudas que quedan sin importancia *(Pausa. Tono nostálgico).*

Creo que aprendí a amarte cuando la hora de la comida... Mamá se dio cuenta desde el principio. Algunas veces reprimió, pero yo siempre callé la mirada... Recuerdo la estampa sobre los platos y los vapores y luego tu rostro. Las charlas de sobremesa corrían en galope que callan quizás por miedo. Los chas-

quidos eran aprendidos, muchas veces de memoria, sin conciencia de ello, y los actos después del final dejaban permanentemente la gracia de pisar los frenos... Había que extrañarte al cerrar los ojos y disfrutarlo, incluso en los tiempos en los que había que aceptarlo aún desde lejos; y la lluvia de preguntas con miradas mal vistas... *(empieza a caminar hasta el espejo).* Soñé que llegaba hasta tus puertas y construímos los primeros esbozos del mapa. Algunos puntos difíciles por repartir, pero nada que no pudiera solucionar una afectuosa charla *(Una sonrisa. Llega hasta la mesa y toma el portarretrato. Tono alegre).*

Pasan los años y cambia lo que sentimos... ¿Todavía hay verdad? ¿Te acuerdas? Con tu semblante abrasador buscando el aire para incendiarte, sin causa ni pena, mordiendo el cielo, arañando las nubes siempre has querido ser el que no eres, te creías invencible frente a todas las legiones e instruido como el jerarca de la familia, todo inspirado en las caricias puestas al sol para vencer a la sociedad del mal *(Mirando hacia la silla, tono alarmado).*

Ahora intentas dejar sangre en las letras y al día siguiente vuelves a caer en ti, y vuelves a dejar rastro para los infieles que se estiran la piel y se tienden al mar para olvidar las heridas del otro *(Pausa. Tono irónico. Acercándose a la silla y al llegar lentamente se va poniendo en cucillas, deja el portarretrato en el piso).*

Ahora me dices que sabes dos o tres cosas nada más... Dices que guardas fidelidad y que tienes amigos. ¡Dimel!, ¿dónde están?... Llámalo, rompe el llanto y haz versos para cantar. Que esto no sea sólo más que una sonrisa, no más a la posada donde todo da igual y se convierta en la declaración de victoria sobre uno de tus enemigos... Tiempo, ¿lo tendrás? *(En un movimiento brusco se pone en pie, caminando alrededor de la habitación, su tono es amenazante).*

La reflexión sobre el hecho me llegó de inmediato tras colgar la bocina. Son cabalgatas personales difíciles de traducir, sobretodo, cuando la lluvia de mayo inunda los rastros que todavía no se recuerdan... Por un tiempo me quedé sentado, fueron instantes, y la cuestión es que me siento incómodo por la llamada... ¿La voz? No, no me decía nada extraño. Sonó bien,

como suele sonar... Acaso, ¿ella te habrá dicho algo? Hasta ahora, Víctor, nunca me habías llamado a casa, quizás alguna vez durante la oficina o al número portátil, pero no a casa... (*Tono servil*). La llamada fue extraña, porque sabes que acostumbro trasnochar en las aceras buscando botiquines para las arterias incansables de la indecencia... (*Cambio de tono, molesto*) y también sabes que la oscuridad, de pronto, trasnocha contigo y me termina arrojando en las entrañas de mi casa... (*Pausa*) La inquietud me mantuvo en muchas ocasiones asegurado a los brazos del sillón... Incertidumbre, atroz e impertinente, con un vacío intolerable... me quedé mudo... (*Dirigiéndose a la silla*) y ahora pienso en cuál será la posibilidad por la que mi amigo me ha citado para charlar contigo... (*Estado de angustia*) repaso, muy pensativo, los momentos cruzados con ella... ¿Quizá nos han visto?... No, no lo creo, hemos sido muy cautelosos... En cambio, me siento incómodo, como si... como si algo muy adentro me dijera que... no, no me dice nada en realidad. Tú no sospechas absolutamente nada, estoy seguro porque contigo terminó tu descendencia (*Cambio de tono: Afirmante*).

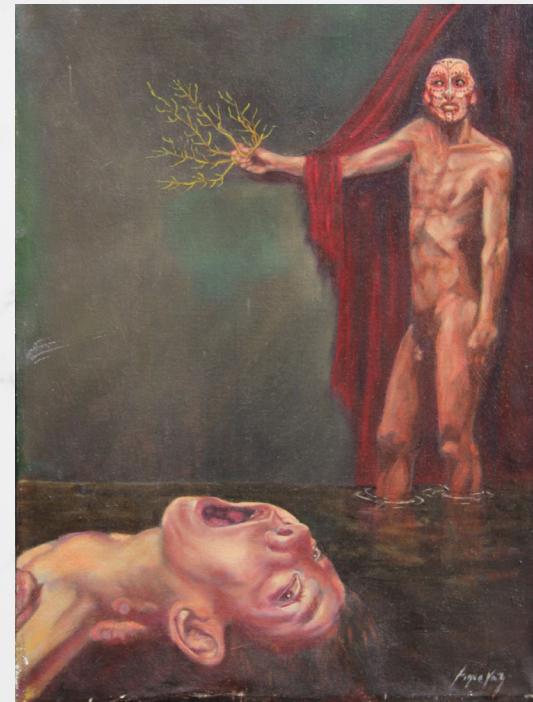
En verdad, nunca te gustó ir a los desfiles porque su educación física los vigilaba como gendarme de escapatoria, como zarpazo jubiloso al llegar a la superficie, como habitación última de propiedad privada (*Pausa. Da media vuelta. Tono exaltado*). Siempre asegurándose de mantener el orden, y tú utilizabas la cintilla del sábato en la mano donde tu voluntad creadora los persuadía de no mover un dedo (*Llega hasta el costado de la silla*). Los uniformes de lana se convertían entonces en camisas de fuerza y nos condenábamos a permanecer más de cuatro horas al amparo del sol de mayo... Sus cuerpos la valla humana que mantenía a los espectadores fuera del alcance (*Pausa. Camina lentamente alrededor de la silla*). Después del evento éramos liberados y se nos permitía hacer la ronda a lo largo del bulevar... Tu talento de conquistador nunca fue tan bueno, por lo que, junto con dos o tres despiadados, terminabas en algún local de sexo barato, o de videojuegos, gastando los últimos pesos casi al final de las reuniones, sólo para mostrarles el nuevo tamaño de la lista, la que comenzaba con lo diabólico de la masturbación y los sueños de último patio en plena plaza mayor (*Pausa*). Aún recuerdo tu tacto... (*Tono enérgico, decreciendo hasta uno suplicante. El personaje frente a la silla*).

Aquel día... al despertar... te hallé a mi lado... Aún yo tenía alcohol en la mirada... Extendí mi mano para sentir el latir de tu pecho... (*Tono suave*). Dormías serenamente y tu rostro tranquilo, perdido en la almohada... Indefenso tu cuerpo... Entonces yo moría en cada instante y me sentí tu protector y aniquilaba cada murmullo que desde dentro intentaba despertarte en un frenesí de leyes... Siempre sus leyes incómodas, desorbitadas; ellas nunca han sabido lo

que aquí dentro sucede, nunca se han detenido a varar las olas de ningún vuelo, nunca preguntaron primero mi nombre sino después de devorarlo todo con sus simpatías mal puestas en mi apellido (*baja el rostro y con la voz fuerte*).

Se sumó el tiempo para extender la mano arrastrando los toques de cuerda... Un botón sobre el puño desfigurado dentro de la camisa sellada, el talón bajo el impulso de una rótula y los colmillos de la luz apuntando su color al rostro que oculta la insensatez de nadie, porque a nadie pertenece la culpa... (*Sollozando*). No me sé ausente, ni tampoco demorado... Sin embrago, cargo el peso del mundo... (*Se pone en pie, acomoda su postura y su vestimenta. Llega hasta la mesa y toma las llaves. Se acomoda el peinado frente al espejo y se dispone a salir. Con tono firme, inclinando el rostro hacia la silla, toma las llaves y las balancea*).

No volverán a saber de ti Víctor... Te lo prometo (*Sale del escenario*).



ÓCLESIS

VÍCTIMAS DEL ARTIFICIO

CONVOCATORIA REVISTA NO. 13

TEMÁTICA LIBRE

POESÍA
CUENTO
ENSAYO

BASES

Enviar al correo:

oclesis.mx@gmail.com

Características:

- Formato Word, con tipografía Times New Roman, a 12 puntos e interlineado de 1.5.

Asunto del correo:

- Revista 13/nombre autor(a)/País

(NO SE TOMARÁN EN CUENTA
PROPYESTAS QUE NO
TENGAN ESTAS
ESPECIFICACIONES).

LINEAMIENTOS

En un solo documento formato Word anexar:

- Nombre completo del autor(a).
- País de origen y breve reseña curricular de dos líneas.
- Nota breve que exprese la autorización de la publicación de la obra en revista y/o página web (sujeto a aprobación del comité editorial).
- Solo se acepta una propuesta literaria por autor.

La obra debe ser inédita y original.
El documento en formato Word debe ser nombrado de la siguiente forma: Autor/Título de la obra/País.

EXTENSIÓN

Cuento:

- Una obra de máx. 3 páginas.

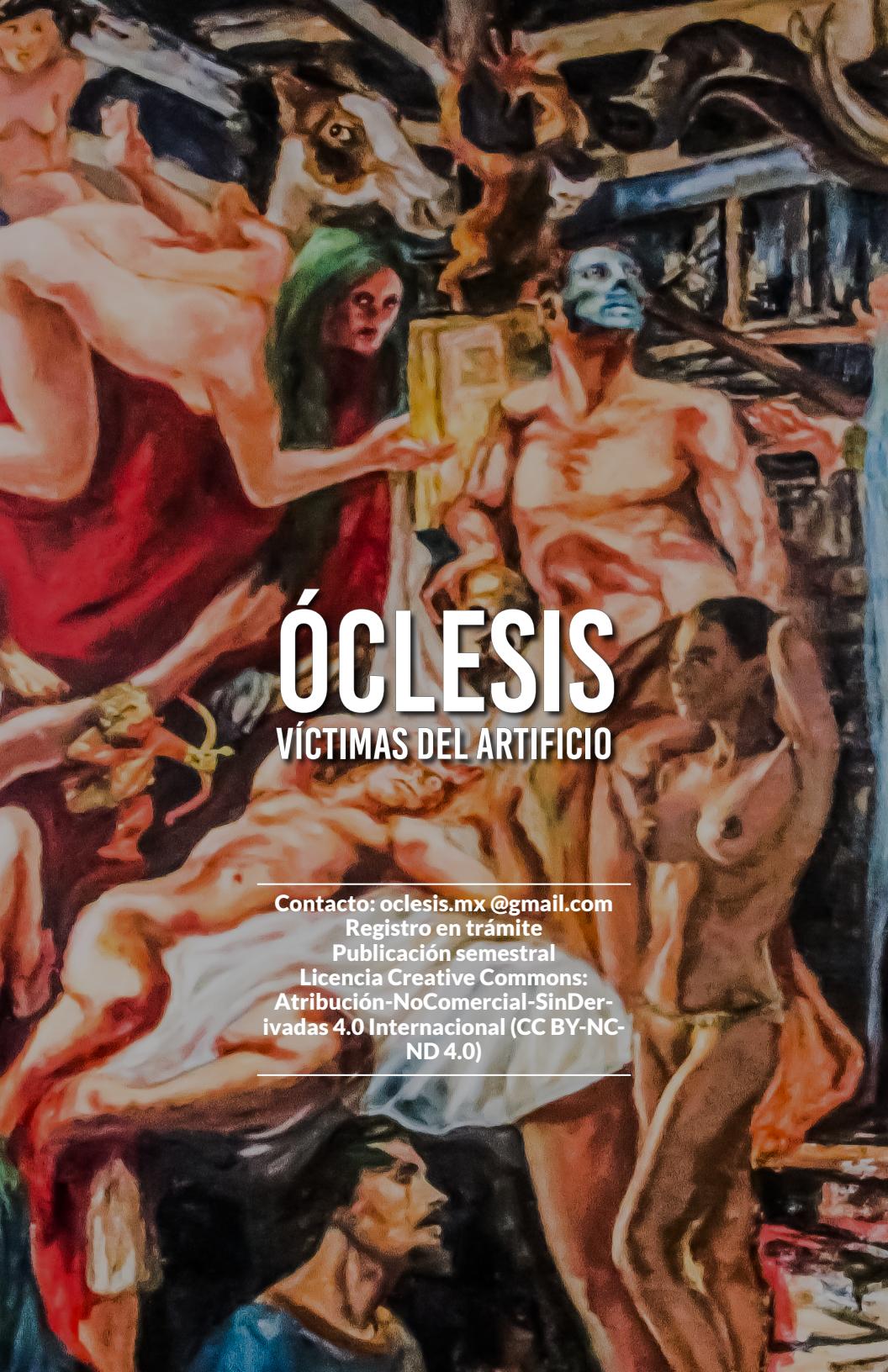
Poema:

- Una obra de máx. 2 páginas.

Ensayo:

- Una obra de máx. 4 páginas.
(Usar formato APA 7).

FECHA LÍMITE DE RECEPCIÓN:
20 DE NOVIEMBRE DE 2022



ÓCLESIS

VÍCTIMAS DEL ARTIFICIO

Contacto: oclesis.mx@gmail.com

Registro en trámite

Publicación semestral

Licencia Creative Commons:
Atribución-NoComercial-SinDer-
ivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-
ND 4.0)
